

RELIGIOSAS EN BARRIOS

ANA MARIA MACHO ARNAIZ

FRANCISCANA MISIONERA DE MARIA

Son ya muchos años los que llevo viviendo en fraternidad evangélica inserta en el barrio. Es ahora, cuando al volver la vista hacia atrás resuena en mis oídos la voz de Dios que Moisés escuchó desde la zarza, "... Descálzate porque el lugar que pisas es terreno sagrado..." (Ex 3,5).

Recién terminados los estudios de Teología y con un inmenso ardor evangelizador aterricé en La Isleta. Todo era nuevo para mí, la misión, el vivir en fraternidad, el contacto directo con la gente, el buscar trabajo...

En esos primeros momentos creo que me movía desde cierto voluntarismo ético surgido del convencimiento de que los pobres son el lugar teológico por excelencia.

Después de todos estos años voy percibiendo, con todas las ambivalencias posibles, que permanecer en el barrio es una gracia, un don que se me regala cada día, es el lugar sagrado donde puedo encontrar al Dios de la Vida.

"Descalzarse" ha supuesto para mí comprobar que accedía a los pobres desde una cultura humana y religiosa burguesa, que sin darme cuenta, transmitía unos modos de evangelizar.

Los jóvenes y la gente del barrio fueron ayudándome en la inculcación.

La propia comunidad hubo de ir "descalzándose" de ciertos esquemas conventuales para ir adoptando ritmos propios de una fraternidad que quería ser casa abierta y acogida para todos.

No recuerdo que hiciéramos concienzudos análisis de la realidad, pero intuíamos que debíamos estar al lado de los obreros que se encerraban en las iglesias o de aquellos que decidieron hacer una huelga de hambre ante la precaria situación de todos los que sufrieron la descolonización del Sáhara. Personalmente terminé encerrándome con un numeroso grupo de maestros en el año del boicot a las Oposiciones...

No siempre existe consenso comunitario ante una opción significativa de algún miembro de la comunidad que se ve impelido a comprometerse en acciones más o menos arriesgadas junto a colectivos, pero queda el respeto.

Tuve la suerte de participar en el Estudio Socio-Pastoral, lo que me permitió ir conociendo la realidad canaria desde los grupos de base en los que se reflexionaba y debatía las propuestas. Colaboré en el equipo de una ponencia y como a cierto sector eclesial no le gustó lo que allí se decía me gané el sobrenombre de "Virago Nefasto".

"Descalzarse" significó estar presentes, sin liderazgos, en las organizaciones de base, caminando con los vecinos en la Asociación y colaborando con ellos en todo lo que suponía mejorar el barrio, desde descargar bloques para los jardines, a organizar manifestaciones para reivindicar local social, zonas deportivas, Instituto, etc.

La diversidad de ministerios de las hermanas era por un lado una riqueza a compartir y por otro, una tarea constante de ajuste comunitario. Se puede correr el riesgo de creerse el "perejil de todas las salsas" y no estar con hondura en la parcela de mies que te ha tocado cosechar. La comunidad ha de ser instancia crítica que ayude a discernir y que acogiendo la misión de cada hermana la envíe a ella en nombre del Señor Jesús.

"Queremos ir a todos, como Cristo, con un corazón humilde, prontas tanto a aprender y recibir como a dar, con su misma actitud de respeto, de aceptación de las personas, de apertura y de servicio"⁽¹⁾.

Con el correr del tiempo y los imperativos socioculturales tuvimos que dejar varias de las parcelas en las que ejercíamos nuestro servicio: asistencia sanitaria a domicilio, alfabetización de la mujer, etc... y plantearnos adecuar trabajo y evangelización. "Hermanas, ¿a ustedes les paga el gobierno?". Era una frase frecuente en algunos de los vecinos del bloque. Es difícil que la gente

(1) Constituciones de las Franciscanas Misioneras de María, cap. IV, n. 4, Roma, 1984.

perciba la gratuidad de la tarea evangelizadora de la comunidad, pero más difícil es conjugar oración, trabajo y vida comunitaria sin que haya detrimento de ninguna de ellas.

Vivir en fraternidad en el barrio es aceptar el riesgo de no saber conjugarlo todo. Se inicia así un lento camino de síntesis, de aprender a ser contemplativas en la acción. Entonces empezamos a entender que ser contemplativo es “entrar en contacto con la realidad como lo hacía Jesús, y que eso tiene que ver, no sólo con el mirar, sino también con el escuchar, con el sentir, con el tocar, con el decir, con el callar...”⁽²⁾.

Percibes que la práctica del Reino está más allá de la palabra, que Jesús era gesto, palabra y oído atento a intuir la realidad del otro. Entrar en esa práctica de Jesús comienza a exigirte “perder el tiempo” escuchando a la gente, asistiendo a sus fiestas y acompañándoles en sus momentos de angustia, y esto, desde la gratuidad, sin proselitismos.

Cuánta ansiedad nos envuelve, a veces, por cifrar en números nuestra tarea evangelizadora sin darnos cuenta de que el misionero ha de entrar en el tiempo de Dios, que por mucho que se quiera acelerar el proceso, el grano sembrado necesita su tiempo (Mc 4,26-29).

Tuvimos que buscar trabajo como cualquier ciudadano y algunas nos fuimos implicando en la enseñanza, permaneciendo otras más libres para el servicio al barrio. Desde la propia Institución se nos alertaba a no caer en la “profesionalización”, pero no había un acompañamiento para vivirla desde la misión. Y como se hace camino al andar comenzamos la tarea profesional en el lugar que se nos dio por nuestra puntuación, bastante lejos del barrio en un primer tiempo. Desarrollar la tarea como profesional te exige una gran honradez, una fuerte dedicación, una percepción clara de las injusticias, una calidad en la relación interpersonal y un servicio desinteresado. Actitudes que puedan convertirse en el futuro en semillas del Reino.

Dentro del ámbito parroquial, estábamos presentes en la tarea catequética de niños, jóvenes y adultos, en el equipo de Liturgia, en el Catecumenado y en algún grupo de escuela de padres; sin olvidar la acción caritativa y social.

Como recuerdo de algo peculiar me queda en la memoria la Asamblea Cristiana de La Isleta, como lugar privilegiado desde donde se programaba y revisaba la tarea pastoral de las diversas parroquias y sobre todo donde se

(2) M.D. ALEIXANDRE, *Círculos en el espacio*, Sal Terrae, Santander, 1993.

compartía y alimentaba nuestra fe en torno a la Eucaristía y a la Celebración del Perdón.

El trabajo en equipo con los sacerdotes lo viví de muy diversas maneras, como complementariedad, creatividad, dinamismo y en algún momento con una fuerte carga de sufrimiento.

Y es que la corresponsabilidad intraeclesial sigue siendo asignatura pendiente. La mujer cristiana y la religiosa no hemos encontrado aún el hueco específico, como iguales, en una Iglesia en la que el varón es el que tiene siempre la última palabra.

Vivir en la periferia significó también saber reconocer nuestros fracasos pastorales, asumir la marcha de aquellas personas que caminaban a tu lado en los grupos, asumir la impotencia ante situaciones de marginación que no llegan a ser redimidas, quedarte sola a veces y volver a empezar... Mirar al Crucificado y desde Él sanar la incipiente amargura.

Una experiencia gratificante ha sido durante estos años el compartir vida y oración, con cierta periodicidad, junto a un pequeño grupo, intercongregacional, de religiosas, insertas en barrios.

En estos encuentros alimentábamos el seguimiento del Señor Jesús, desde la opción por los pobres, la realidad de nuestro pueblo canario y el caminar de la Iglesia. Nos animábamos a seguir en la brecha impulsando a las propias Congregaciones a hacerse presentes, desde la fraternidad, en barrios.

Alguna hermana nos ha dejado ya y se encuentra gozando de la presencia del Resucitado, otras han vuelto al Tercer Mundo, a vivir en medio de los más pequeños, la radicalidad del Evangelio.

Fruto del grano sembrado, fue, en nuestro caso, el surgimiento de la fraternidad de Morro Jable, en Fuerteventura, la de Tías, en Lanzarote y por último la del Valle de Jinámar.

Siete años llevaba ejerciendo de maestra en Jinámar y había podido comprobar cómo este barrio reunía todas las características para insertarnos en él como Franciscanas Misioneras de María. Hubo que esperar hasta que la propia Institución lo asumiera como inserción misionera.

Tres hermanas componemos la fraternidad, que comenzó su andadura en octubre de 1989.

Desde el séptimo piso, contemplando las largas hileras de bloques y la nube de hollín suspendida en el azul, agradecíamos al Padre el habernos llamado a vivir nuestra vocación misionera en este barrio.

Fue emocionante la celebración de la primera Navidad como comunidad parroquial. Tan sólo unas veinticinco personas (el barrio tiene más de 26.000 habitantes) nos reuníamos en torno a la Palabra y el Pan, en un salón prestado del Edificio de Usos Múltiples. Sí, Jesús nacía de nuevo, como en Belén, sin ruido, y nos urgía desde la irrelevancia de la comunidad cristiana a comunicar la Buena Noticia a nuestros vecinos.

Actualmente formamos equipo pastoral junto a una fraternidad de Padres Paúles y otra de hermanas Terciarias Capuchinas. Como comunidad estamos presentes en la catequesis de infancia, en el acompañamiento de jóvenes desde los Movimientos de A.C., impulsando el protagonismo de la mujer en el colectivo creado por ellas, en la cercanía a familias que sufren y compartiendo las luchas vecinales.

Somos conscientes de nuestra pequeñez, pero queremos vivir ilusionadamente la certeza de que hemos sido convocadas por el Padre a ser “testimonio relevante de la vitalidad del Evangelio”⁽³⁾ y compartiendo Fe y Pan con nuestra gente hacer más visible el Reinado de Dios en este Valle de Jinámar.

Ana María Macho Arnáiz

(3) Constituciones Sinodales, Obispado de Canarias, n. 091. Las Palmas de Gran Canaria, 1992.